

EL CUERPO, EL DESARROLLO Y LA PSICOMOTRICIDAD.

Pedro Pablo Berruezo y Adelantado.

PSICOMOTRICIDAD. Revista de Estudios y Experiencias. N° 49, 1995. vol. 1, pp. 15-26

¿Por qué decimos que *tenemos* un cuerpo y no que *somos* un cuerpo?

Una mesa tiene patas. Si miramos una mesa y la definimos seguramente diremos que es una superficie plana horizontal al suelo, que se mantiene estable a una distancia del mismo y nos permite colocarnos, normalmente sentados, junto a ella para realizar actividades manuales que requieren un apoyo de instrumentos o útiles, como es comer o escribir. Lo que la mantiene a esa distancia del suelo suelen ser una o varias patas. Decimos que una mesa *tiene* patas, pero podremos imaginar una mesa que no las tenga, que se apoye en un soporte clavado a la pared, por ejemplo. Por tanto si una mesa puede o no tener patas y sigue siendo mesa, las patas no son una característica necesaria o esencial. Sin embargo nunca diremos que una mesa tiene superficie porque si no tiene superficie plana no será una mesa, ya que la superficie plana sí es una característica necesaria, esencial. La mesa no tiene una superficie plana, es una superficie plana.

Volvamos al cuerpo. El ser humano ¿tiene o es un cuerpo? Si decimos que tiene un cuerpo, al igual que las patas de la mesa, estamos diciendo que el cuerpo no es esencial al ser humano. Yo personalmente he visto algunas mesas sin patas, pero nunca he visto un hombre o una mujer sin cuerpo.

Estoy convencido de que el cuerpo es esencial al ser humano y por tanto somos un cuerpo. Pero pensemos a qué se debe este error de considerar que tenemos un cuerpo, como podríamos tener cualquier otra cosa. La historia se remonta a la antigüedad, a la filosofía clásica que concibe al individuo humano como un ser compuesto de dos partes: el cuerpo y el alma o espíritu. Esta explicación se ve ratificada en el racionalismo con Descartes y llega hasta nuestros días en que seguimos pensando que el ser humano está compuesto por dos entidades distintas: una realidad física, conocida como el cuerpo, que posee las características propias de la materia, como peso y volumen; y una realidad inmaterial, que se relaciona directamente con la actividad del cerebro y del sistema nervioso, y la denominamos con términos como psique, mente, razón, alma o espíritu, algunos de ellos, por otra parte, cargados de implicaciones morales o religiosas que subrayan la hipótesis del alma como algo cualitativamente distinto del cuerpo.

En esta consideración dualista cartesiana del ser humano, el alma es la entidad superior que le da su carácter racional y tiene, o debe tener, un absoluto dominio sobre el cuerpo, que le hace conservar su carácter animal. Este animal racional es una lucha constante del alma por controlar los impulsos, las debilidades, los instintos y las imperfecciones de su inseparable compañero vital, el cuerpo. En algún momento esta concepción dualista comparó al ser humano con un caballo sobre el que cabalga un

jinete; el alma es el jinete que domina, guía y controla al cuerpo que es su corcel.

Las distintas religiones, con su necesidad de trascendencia, han fomentado la explicación dualista, lo que permitía atribuir al alma características como la inmortalidad, o la posibilidad de reencarnación, puesto que lo que resulta evidente, es que la vida corporal es limitada.

Independientemente de lo que pueda pasar antes o después de nuestra vida terrenal, en lo que evidentemente no voy a entrar, estoy convencido de que resulta bastante inadecuada la explicación dualista puesto que nuestro cuerpo no es una maquinaria al servicio de un ente superior ajeno al mismo. Lo verdaderamente constatable es que el ser humano constituye una realidad indiscutible, físicamente tangible. El nivel de evolución al que hasta ahora ha llegado su especie le permite utilizar sus posibilidades corporales (el cerebro también es cuerpo) para crear, comunicarse, resolver problemas, percibir, tener sensaciones, relacionar, dudar, tener sentimientos, comprender, desear, creer, recordar, proyectar, organizar, sacar conclusiones, etc., además de para hacer, decir o manifestarse. En definitiva, creo que el ser humano constituye una unidad funcional (no una dualidad), que se caracteriza por la corporalidad, en donde se manifiestan procesos espontáneos o controlados por unas estructuras nerviosas que configuran una especie de *punte de mando* donde tienen cabida, fruto de la experiencia, la maduración y la propia integración, elementos de todo tipo, cognitivos, afectivos y conductuales. La historia del propio individuo, que recoge la de la especie, le llevaría a constituir ese núcleo personal donde podemos localizar su habitual forma de ser, de actuar y de resolver.

De cualquier modo, en toda actividad humana (sea o no evidente) existe un comportamiento corporal. Obviamente, a la luz de lo expuesto, no podemos reducir el cuerpo a un conjunto de huesos, tendones, músculos, fibras y glándulas que funcionan de forma más o menos automática. Elementos corporales como las estructuras nerviosas y hormonales, por ejemplo, tienen un papel fundamental en los procesos de pensamiento, y en la vivencia del sentimiento. Y al contrario para integrar sensaciones y poner en marcha procesos de memoria, atención, deducción, comparación, deseo, temor, etc., hace falta poder contar con el funcionamiento coordinado de estructuras corporales. Si bien podemos considerar que existe algo en el ser humano que le hace distinto del resto de los animales, ¿su racionalidad?, ello no puede separarse de su condición corporal. El cuerpo humano, genética, estructural y funcionalmente correcto, con la adecuada estimulación ambiental, posibilita el logro de las habilidades cognitivas, comunicativas, afectivas y conductuales que le son propias.

En este sentido, el ser humano es una unidad psico-afectivo-motriz. Su condición corporal es esencial, lo que ocurre es que, lo vamos a ver más adelante, dadas sus posibilidades de desarrollo, va perdiendo importancia poco a poco. Nosotros, en nuestro discurso, en nuestro lenguaje, podremos seguir refiriéndonos al cuerpo como el aspecto físico de nuestro ser, y lo mismo podremos referirnos a atributos como el pensamiento, el sentimiento o la voluntad, por esquematismo, sin que ello

quiera decir que creemos en la explicación dualista y que atribuimos estas funciones *superiores* al espíritu humano. Algo parecido a lo que hacemos habitualmente cuando decimos que alguien que ha sufrido mucho tiene el corazón destrozado. Todos sabemos que la afectividad no reside en el corazón, que es un músculo encargado de bombear la sangre, sin embargo aceptamos esta metáfora.

Esta concepción unitaria del individuo humano como un ser *encarnado*, es la que subyace bajo el planteamiento de la psicomotricidad. Es cierto que muchas veces, el comportamiento humano no es motriz, no manifiesta actividad corporal externa y estamos tentados de decir que es espiritual. Hay personas que se apoyan en esto para prescindir del cuerpo. Personalmente estoy de acuerdo con Merleau-Ponty cuando afirma que la existencia del ser humano es un *va-y-viene* entre lo psíquico y lo orgánico donde siempre ambos están presentes en mayor o menor grado. Pero evidentemente hay actividades que requieren mayor participación corporal y otras menos. "El cuerpo es, en efecto, un nudo de significaciones vivas en las que no se puede distinguir la materia sensible de la forma inteligible, precisamente porque la forma está ya en la materia, y la acción de la conciencia no puede ya ser comprendida como la imposición de un sentido a una materia inerte. No se puede separar el signo sensible de la significación inteligible sin enmascarar la relación orgánica de sujeto con el mundo, y sin prescindir de la trascendencia activa de la conciencia que no le hace ir hacia el mundo porque se encuentra ya, mediante el cuerpo, instalada en él." (DASTUR 1993, 18). Este carácter de continua encarnación de la existencia humana llevó a Merleau-Ponty a definir al individuo humano como un *ser-en-el-mundo* subrayando su condición material ligada al tiempo y al espacio de su existencia.

La psicomotricidad no sólo se fundamenta en esta visión unitaria del ser humano, corporal por naturaleza, sino que cree haber encontrado la función que conecta los elementos que se pensaba separados del individuo humano, el cuerpo y el espíritu, lo biológico y lo psicológico. Esta función es el tono. "El tono debe ser considerado en su importancia fundamental porque, siendo el punto de referencia esencial para el individuo en la vida de relación, biológica, psicológica e incluso en la toma de conciencia de sí mismo, especifica una de las diferencias fundamentales que distinguen al ser vivo del ser no vivo". (BOSCAINI 1993, 29). Por una parte, el tono muscular, ese estado de tensión constante y mantenida de los músculos estriados, es lo que mantiene la postura y posibilita el movimiento, su preparación, su ejecución, su ajuste, su mantenimiento, su transformación; ésta sería su función puramente motriz. Como base del movimiento configura las actitudes volviéndose intermediario entre el acto y la situación (interna o externa) que lo desencadena; esta sería su función cognitiva, ideomotriz, ligada a la atención o reactividad cerebral. Además, el tono, tiene una función afectiva que es la regulación de las emociones. La tensión o distensión corporal guarda una estrecha relación, que nace de la experiencia evolutiva posibilitada por el equipamiento y la configuración neurológica del ser humano, con la vivencia y expresión de las emociones. "Esquemáticamente se podría decir que el tono que va a organizarse a nivel postural [axial] está en gran parte ligado a la vida primitiva, a los deseos primarios, a la vida emocional, a la protocomunicación, al equilibrio,

a la confianza y a la estabilidad de sí mismo tanto en el plano motor como en el psicológico; la organización tónica a nivel periférico es sobretodo la expresión de la vida cognitiva, asume un valor objetivo, es el indicador de la capacidad de control de sí mismo, de resolver los problemas de la vida y de la adaptación a la realidad. De esta manera, el tono representa al mismo tiempo una dimensión involuntaria pero también voluntaria del individuo, indica la realidad interna y externa del sujeto, expresa siempre el pasado, el presente y la anticipación del futuro. Es, en definitiva, el substrato, además de la función motriz, de los procesos emocionales y relacionales. Sin embargo, es preciso aclarar que la función tónica sola no basta para permitir al individuo ser un sujeto de comunicación; es preciso considerar tres elementos como indispensables para ello: la postura, el tono y el movimiento." (BOSCAINI 1993, 31).

El tono (la tensión o distensión) y los reflejos arcaicos, junto a los recursos sensoriales, son los instrumentos de partida del recién nacido que, sobre la base de un programa genético que va desarrollándose, suponen el comienzo de un proceso individual de crecimiento, maduración y desarrollo. El crecimiento se refiere a los aspectos cuantitativos de la evolución (el aumento en tamaño), la maduración se refiere a los aspectos cualitativos de la evolución (potencialidades genéticas que van surgiendo) y el desarrollo es la sucesión de cambios que se producen por la conjunción de los anteriores con la influencia de factores ambientales. Crecimiento, maduración y desarrollo infantil no pueden entenderse sin la necesaria condición corporal de nuestra existencia.

El niño organiza poco a poco el mundo a partir de su propio cuerpo. Con los limitados recursos con que viene al mundo, el bebé no es capaz de experimentar más que sensaciones placenteras, que le distienden, y sensaciones displacenteras, que le tensan, sin poder diferenciar si proceden del exterior o del interior de su cuerpo.

La intervención del otro, del adulto, de la madre, es fundamental en el desarrollo. Precisamente el niño empieza a tomar conciencia de sus límites, a distinguirse de lo otro a través de *ese diálogo tónico* (AJURIAGUERRA, 1983) en el que madre y bebé se comunican con la acomodación recíproca de sus posturas y el intercambio de tensiones-distensiones. La madre sostiene, mantiene y *contiene* al bebé que elabora a partir de esa contención un sentimiento de confianza y seguridad que los psicólogos han denominado *función de apego* o *vinculación afectiva* y que le aporta, además de bienestar y tranquilidad, una primera definición o referencia sensible de sí mismo.

Una vez que el niño nota que hay cosas que son "yo" y cosas que son "no yo", necesita agrupar esas impresiones parciales de sí mismo para construir su globalidad, su yo corporal. En este punto resulta importante la conjunción de datos exteroceptivos (visuales) con datos propioceptivos (táctiles, kinestésicos) referidos a sus propios elementos corporales. Poco a poco va unificando su cuerpo e identificándose con él. Va construyendo su *esquema corporal* que recoge nuestra experiencia y conocimiento del cuerpo y de su partes, así como el dominio, motriz, simbólico, verbal y representativo que tenemos del mismo. El esquema corporal resume nuestra propia historia corporal.

Pero el niño, además de manejar y conocer su cuerpo se relaciona con las cosas y personas que le rodean. Además de organizar su cuerpo, y con referencia en él, tiene que organizar el mundo: los objetos y las personas. Se va desarrollando en el espacio y en el tiempo. El espacio corporal, de aprehensión, va ampliándose hasta el espacio de acción y éste hasta el espacio de la realidad e incluso al espacio de la intención, del deseo (FERNÁNDEZ, 1994). Pero todavía su experiencia es concreta, manipulativa o perceptiva. Conoce lo que ve, lo que toca, lo que vive. El tacto, la visión y la locomoción, son los instrumentos de los que se vale el niño para conocer, organizar, asimilar y representar el espacio. Pensemos que si bien el *grasping*, o reflejo de agarre, está presente en el recién nacido, no es hasta los nueve meses cuando el niño puede hacer la pinza entre el índice y el pulgar, lo que le posibilita alcanzar voluntariamente los objetos y manipularlos para conocerlos. Esta pinza, algo tan simple para nosotros, es un logro evolutivo fundamental para el desarrollo de capacidades superiores que caracteriza sólo a los grandes monos. Algo parecido ocurre con la marcha bípeda, que consigue el niño a partir del año, supone la liberación de las manos de la locomoción para la manipulación. En el niño, esta liberación de las manos que le permite caminar sobre sus pies, le sitúa de otra manera en el espacio, puede experimentar las distancias y conocer mejor el mundo que le rodea. No sólo es importante que las manos adquieran responsabilidades mayores, sino que nuestra propia configuración y necesidades de mejorar la competencia manipulativa provocan una especialización lateral de las manos, lo que se ve apoyado por el desarrollo de procesos simbólicos de tipo lingüístico, tanto para la estructuración del lenguaje a nivel cerebral, como para la expresión del lenguaje representado a través de la escritura o el dibujo. La experiencia del tiempo está ligada a la del espacio y a la de los ritmos vitales y secuencias habituales a las que se somete al niño desde bien pequeño y cobra importancia en este proceso de desarrollo lingüístico, pues tanto para verbalizar como para escribir las palabras se precisa de organización del tiempo, de secuencias, de ritmos, de sonidos y de silencios.

El lenguaje es tributario de las adquisiciones motrices. Pensemos que utilizamos las palabras para nombrar las cosas. Los nombres nos sirven para pedir objetos que no tenemos. El lenguaje aparece después de que el niño tiene experiencia concreta, manipulativa, de las cosas. Primero percibimos, vemos, manipulamos. Después nombramos, representamos. Nombrar algo supone haber superado, al menos mínimamente, la absoluta concreción, puesto que nombramos algo que conocemos y que queremos, pero no tenemos. Sin embargo, somos capaces de recordarlo o pensar en ello, lo que quiere decir que hemos elaborado una imagen mental de ese objeto. El lenguaje, necesita de un mínimo desarrollo simbólico que permita dar el salto de la acción, a la representación.

Por ello el movimiento, no es algo puramente motriz, puesto que, desde los inicios en que las emociones se expresan de manera tónica, el movimiento es comunicación, es lenguaje. Nuestro ser se expresa continuamente. Lo que ocurre es que poco a poco el lenguaje verbal va sustituyendo muchas de las funciones expresivas que tenía la motricidad infantil y los adultos corremos el riesgo de creer que nos comunicamos con

palabras. Es cierto que usamos las palabras para comunicarnos, pero todo en nosotros sirve para comunicar. En cualquier momento, nuestros gestos, por ejemplo, mantienen, afirman o contradicen nuestro discurso verbal.

Me gusta decir que los psicomotricistas nos ocupamos del cuerpo para que llegue un momento en que nuestros pacientes o alumnos puedan olvidarse de él. Como he intentado explicar, de forma rápida, ligada y sucinta, el desarrollo psicomotor hace que el niño o la niña, con sus potencialidades genéticas que van madurando y la intervención de facilitadores ambientales, vaya construyendo su propia identidad. Esa identidad es tangible primero y representativa después. La motricidad al comienzo está inducida por nuestras sensaciones (sensoriomotricidad), luego por nuestra organización de la realidad (perceptomotricidad) y finalmente por nuestros deseos y pensamientos (ideomotricidad). Como hemos visto, gracias al lenguaje, ya no necesitamos tener los objetos presentes para referirnos a ellos, podemos, merced a la estructuración de nuestro pensamiento, imaginar un acto sin realizarlo. Nuestro *reinado de la razón* hace que mantengamos en un segundo plano a nuestro cuerpo. Los trabajos que desempeñamos van dejando de ser corporales, para ser cada vez más intelectuales o verbales. Cada vez nos hace menos falta el cuerpo. Si nos paramos a pensar, centramos nuestra atención en nuestro cuerpo para su higiene, alimentación, evacuación y poco más. Sin embargo el placer, el disfrute sigue ligado al cuerpo, y por ello hemos inventado el deporte (que implica una actividad corporal) como medio de diversión y las sensaciones más intensas de placer se consiguen a través de la actividad sexual de nuestro cuerpo.

Lo verdaderamente interesante es que nuestro cuerpo se ha convertido en un medio. Nuestro cuerpo participa en todas nuestras actividades pero no estamos pendientes de él. Desarrollando adecuadamente nuestra psicomotricidad llegamos a un grado de dominio que permite automatizar las acciones motrices y liberar nuestra atención para otros procesos más "nobles", intelectuales por ejemplo. Gracias a esto somos capaces de realizar dos acciones simultáneas, hablar y caminar por ejemplo, porque somos capaces de "excluir nuestro cuerpo". Nuestro cuerpo camina, siguiendo con el ejemplo, y nosotros estamos pendientes de elaborar nuestro discurso. Esta exclusión corporal, o *potencialidad corporal* por utilizar el término acuñado por Quirós y Schrager (1980), se encuentra en la base de los aprendizajes instrumentales. Y de otros aprendizajes. Pensemos por ejemplo porqué el lenguaje no aparece prácticamente en el primer año de vida. En ese período el niño está absolutamente centrado en su actividad corporal y todavía no tiene el dominio suficiente sobre su motricidad como para poder "olvidarse" de su cuerpo. Sólo en la medida en que el niño puede ir automatizando procesos motores podrá ocuparse en el desarrollo de capacidades de otro tipo, como lenguaje, pensamiento, etc. Entonces, si el fin es la adaptación y esta supone aprendizajes, lenguaje, recursos de pensamiento para resolver situaciones y todo ello, que tiene su fundamento en el cuerpo, se construye sobre la base de esta exclusión corporal, nosotros, hemos de ocuparnos de cuerpo, del movimiento y del juego de los pequeños para que ellos, llegue un momento en que puedan dejar de estar pendientes de él. Será buena señal.

El niño se *construye* a sí mismo a partir del movimiento. Su desarrollo va "del acto al pensamiento" (WALLON 1942), de lo concreto a lo abstracto, de la acción a la representación, de lo corporal a lo cognitivo. Y en todo el proceso se va desarrollando una vida de relación, de afectos, de emociones, de comunicación que se encarga de matizar, de dar tintes personales a ese proceso de desarrollo psicomotor individual.

Precisamente la psicomotricidad es quien ha subrayado la importancia de este proceso y ha dado las claves para entenderlo mediante unos indicadores que son, básicamente, la coordinación (expresión y control de la motricidad voluntaria), la función tónica, la postura y el equilibrio, el control emocional, la lateralidad, la organización espacio-temporal, el esquema corporal, la organización rítmica, las praxias, la grafomotricidad, la relación con los objetos y la comunicación (a cualquier nivel: tónico, postural, gestual o verbal) (BOSCAINI 1994a).

La psicomotricidad justifica su existencia tanto en el *paralelismo psicomotor* que se observó en los pacientes psiquiátricos ya a finales del pasado siglo (cualquier cambio inducido psicológicamente repercutía en el aspecto corporal de los pacientes y viceversa), como en la condición verdaderamente *psicomotriz* del sujeto humano sobretodo hasta la edad de 7 años aproximadamente. Efectivamente, hasta esta edad en que el niño adquiere el pensamiento operatorio concreto que le da acceso a los aprendizajes escolares instrumentales, existe una absoluta unidad entre motricidad e inteligencia, entre acción y pensamiento. Los grandes maestros de la psicología genética se dieron perfecta cuenta de ello. Wallon (1942) afirmaba que el pensamiento nace de la acción para volver a ella y Piaget (1936) sostenía que mediante la actividad corporal el niño piensa, aprende, crea y afronta los problemas. Al mismo tiempo se da en esta etapa privilegiada de la vida un predominio general de la vida afectiva que afecta a cualquier actividad del individuo. Esta etapa de *globalidad* es irrepetible y debe ser aprovechada por planteamientos educativos de tipo psicomotor (ARNAIZ 1994).

La psicomotricidad no puede reducirse a un simple método, se trata más bien de un peculiar modo de acercamiento al niño y a su desarrollo, lo que va a generar una forma característica de ser y de actuar del profesional encargado de ponerla en práctica: el psicomotricista. Esta persona ha de contar con una fundamentación teórico-práctica en el ámbito del desarrollo y de los trastornos psicomotrices, así como sus implicaciones a otros niveles, pero, lo que es más difícil, ha de haber construido una actitud personal de *disponibilidad corporal* que posibilite al niño, a través de la relación con él, expresarse mediante sus actos, sus dificultades, sus temores, su forma de ser y de resolver situaciones, sus emociones, sus deseos y sus posibilidades de desarrollo. Evidentemente, esta actitud no puede aprenderse si no se siente, se percibe, se expresa, se representa y se asimila una amplia experiencia psicomotriz vivenciada a partir del propio cuerpo.

Efectivamente estoy de acuerdo con García Núñez y Fernández Vidal (1994, 15) en que la psicomotricidad es una "técnica o conjunto de técnicas que tienden a influir en el acto intencional o significativo, para estimularlo o modificarlo, utilizando como mediadores la actividad

corporal y su expresión simbólica". Pero si reducimos la psicomotricidad a la mera técnica, a esa forma peculiar de entender al niño y de actuar o situarse frente a él, nunca haremos ciencia (quizás no haya porqué hacerla). Una ciencia necesita definir su objeto, sus límites, su metodología y sus contenidos de una forma coherente y ofrecer líneas de investigación claras, definidas en términos aceptables para la comunidad científica.

El objetivo de la psicomotricidad es el desarrollo de las posibilidades motrices, expresivas y creativas (del individuo en su globalidad) a partir del cuerpo, lo que lleva a centrar su actividad e investigación sobre el movimiento y el acto, incluyendo todo lo que se deriva de ello: disfunciones, patologías, educación, aprendizaje, etc. El campo de actuación se centra en dos flancos diferentes, uno que se preocupa del *cuerpo pedagógico*, donde encontramos la actividad educativa/reeducativa del psicomotricista con un determinado propósito: lograr llevar al individuo hasta la consecución de sus máximas posibilidades de desarrollo, de habilidad, de autonomía y de comunicación. En la otra vertiente, la psicomotricidad se preocupa del *cuerpo patológico*, y se realiza una actividad rehabilitadora/terapéutica que se orienta hacia la superación de los *déficit* o las inadaptaciones que se producen por trastornos en el proceso evolutivo provocados por diversas causas, orgánicas, afectivas, cognitivas o ambientales. De cualquier modo, se trata, nuevamente, de llevar al sujeto hacia la adaptación, la superación de sus dificultades y la autonomía.

Así pues, "la educación psicomotriz gira principalmente en torno a algunos temas específicos referidos a la experiencia vivida que parten del cuerpo para llegar, mediante el descubrimiento y uso de diversos lenguajes (corporal, sonoro-musical, gráfico, plástico, etc.), a la representación mental, al verdadero lenguaje y específicamente: a la emergencia y elaboración de la personalidad del niño, de su 'yo' como fruto de la organización de las diferentes competencias motrices y del desarrollo del esquema corporal, mediante el cual el niño toma conciencia del propio cuerpo y de la posibilidad de expresarse a través de él; a la toma de conciencia y organización de la lateralidad; a la organización y estructuración espacio-temporal y rítmica; y a la adquisición y control progresivo de las competencias grafomotrices en función del dibujo y la escritura. Estos son los requisitos necesarios para un aprendizaje válido y constituyen la trama de cualquier educación psicomotriz, experimentada en términos vivenciales y funcionales." (BOSCAINI 1994b, 20). De forma resumida, la educación psicomotriz, organiza sus objetivos en torno a la relación con uno mismo, a la relación con los objetos y a la relación con los demás. Es decir, parte del cuerpo, de su expresión, su aceptación, su conocimiento y dominio, se ocupa de la actividad de organización real, simbólica y representativa del espacio y las cosas que en él se encuentran, para llegar a una relación ajustada con los demás (los iguales y los adultos) fruto de su autonomía psicomotriz.

Parece claro, pues, que para la psicomotricidad el movimiento, por sí mismo, no tiene interés. Se encuentra como dice Boscaini (1992, 20) "en la encrucijada entre la acción y la representación"(...). "La especificidad de la psicomotricidad está en el hecho de que para ella el movimiento asume

también una dimensión comunicativa, es también lenguaje por el cual el movimiento llega a ser acto psicomotor, expresión de una constante dinámica entre el cuerpo, sus funciones y la realidad externa en situación relacional". En este sentido se expresa Bergès cuando afirma que lo que hace específico el planteamiento de la psicomotricidad no es considerar la estructura anatómica del individuo, ni su función biológica, ni siquiera el funcionamiento de la función como expresión de una organización neuropsicológica más compleja, sino la realización conjunta de todo ello en el momento de la relación interpersonal, o como él dice "bajo la mirada del otro" (1985).

Desde el punto de vista rehabilitativo/terapéutico, la psicomotricidad, el abordaje psicomotor, debe ser "una acción pedagógica y psicológica que utiliza la acción corporal con el fin de mejorar o normalizar el comportamiento general del niño facilitando el desarrollo de todos los aspectos de su personalidad" (ARNAIZ 1994, 46). Al igual que la *educación psicomotriz* se estructura con planteamientos propios de la educación: hay una programación en función de unos objetivos, unos contenidos a abordar a través de la experiencia y una evaluación final de los resultados, la *clínica psicomotriz* se estructura con planteamientos propios de la sanidad: hay una disfunción o síntoma que, tras un examen o exploración especializada lleva a la elaboración de un diagnóstico, un pronóstico y unas pautas para afrontar el tratamiento, cuyo objetivo es la normalización o desaparición del síntoma, y paralelamente al cual se estipula un seguimiento y, eventualmente, un alta clínica. En esta vertiente, el psicomotricista se ocupa no sólo del diagnóstico, que hace mediante un examen o *balance psicomotor* de los indicadores psicomotores más relevantes, sino del tratamiento y del seguimiento que se establece para la desaparición del síntoma o la superación del déficit.

La psicomotricidad, desde mi punto de vista, compartido con otros profesionales, debe proponer dos líneas de trabajo bien diferenciadas, que se corresponden con las dos vertientes aquí expuestas. Por una parte debe ser un instrumento educativo en manos de los maestros, educadores o pedagogos que contribuya a establecer adecuadamente las bases de los aprendizajes y de la personalidad de los niños y las niñas; por otra parte debe caracterizar una figura profesional específica, el psicomotricista, que se encargue de abordar, con un peculiar enfoque, los trastornos y disfunciones que podemos denominar *psicomotrices*.

En conclusión, creo que la psicomotricidad, su conocimiento y su práctica, puede ayudarnos a todos a comprender y mejorar nuestras relaciones con nosotros mismos, con los objetos y con las personas que nos rodean. La psicomotricidad se fundamenta en una globalidad del ser humano, principalmente en la infancia, que tiene su núcleo de desarrollo en el cuerpo y en el conocimiento que se produce a partir de él. El desarrollo psicomotor nos posibilita alcanzar niveles de simbolización y representación que tienen su máximo exponente en la elaboración de la propia imagen, la comprensión del mundo, el establecimiento de la comunicación, y la relación con los demás. La psicomotricidad puede aplicarse como instrumento educativo para conducir al niño hacia la autonomía y la formación de su personalidad a través de un proceso ordenado de consecuciones de todo tipo. En este devenir se pueden

producir perturbaciones que pueden ser objeto de una consulta, intervención o terapia psicomotriz.

Estoy convencido de que la psicomotricidad es algo más que una técnica que se aplica, algo más que un conocimiento que se adquiere. Es, o ha de ser, una forma de entender las cosas que se vive, que se siente, que se experimenta, y que nos sitúa en una actitud de *disponibilidad*, que supone la comprensión, el respeto y el favorecimiento del cambio y del desarrollo en nosotros mismos y en los demás.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- AJURIAGUERRA, J. de (1983). "De los movimientos espontáneos al diálogo tónico-postural y las actividades expresivas". *Anuario de Psicología*. nº 28, 7-18.
- ARNAIZ, P. (1994). "Psicomotricidad y adaptaciones curriculares". *PSICOMOTRICIDAD. Revista de Estudios y Experiencias*. nº 47, 43-62.
- BERGÈS, J. (1985). "Les troubles psychomoteurs chez l'enfant". En LEVOVICI, S. (ed.) *Traité de psychiatrie de l'enfant et de l'adolescent*. vol III, París: PUF.
- BOSCAINI, F. (1992). "Hacia una especificidad de la psicomotricidad". *PSICOMOTRICIDAD. Revista de Estudios y Experiencias*. nº 40, 5-49.
- BOSCAINI, F. (1993). "Le tonus: une fonction de synthèse corps-esprit". *Evolutions Psychomotrices*. nº 19, 29-34.
- BOSCAINI, F. (1994a). "L'esame psicomotorio. Uno strumento professionale specifico dello psicomotricista". *Res. II* (1), 3-6.
- BOSCAINI, F. (1994b). "La educación psicomotriz en la relación pedagógica". *PSICOMOTRICIDAD. Revista de Estudios y Experiencias*. nº 46, 17-22.
- DASTUR, F. (1993). "Le fondement corporel de la subjectivité dans l'oeuvre de Merleau-Ponty. La problématique du corps propre". *Evolutions Psychomotrices*. nº 19, 15-19.
- FERNÁNDEZ VIDAL, F. (1994). "Psicomotricidad como prevención e integración escolar". *PSICOMOTRICIDAD. Revista de Estudios y Experiencias*. nº 47, 75-86.
- GARCÍA NÚÑEZ, J. A. y FERNÁNDEZ VIDAL, F. (1994). *Juego y psicomotricidad*. Madrid: CEPE.
- PIAGET, J. (1936). *La naissance de l'intelligence chez l'enfant*. Neuchâtel: Delachaux et Niestlé.
- QUIRÓS, J. B. y SCHRAGER, O. L. (1980). *Fundamentos neuropsicológicos en las discapacidades de aprendizaje*. Buenos Aires: Panamericana.
- WALLON, H. (1942). *De l'acte à la pensée. Essai de psychologie comparée*. París: Flammarion.